

Diablotexto *Digital*



CRISTINA FALLARÁS, *HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE*
Barcelona: Anagrama, Col. Narrativas Hispánicas, 2018, 224 pp.

IRIS DE BENITO MESA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

«Me llamo Cristina y he salido a buscar a mis muertos» (11). Así se abre la última novela de Cristina Fallarás, una propuesta que se suma a la corriente de temáticas sobre la Guerra Civil y el franquismo en la narrativa española de las últimas décadas. Esta sentencia con que comienza la obra da las claves de escritura en que se inscribe la novela. A caballo entre la ficción y la crónica, Fallarás emplea consciente y deliberadamente el recurso de la autoficción para narrar su búsqueda personal de la memoria familiar. Aunque ya en obras anteriores, como es el caso de *A la puta calle. Crónica de un deshaucio* (2013), es patente su preferencia por esta fórmula, que combina a menudo elementos de la investigación periodística con una disposición del relato en clave de narrativa detectivesca, esta es la primera novela en que la autora aborda la memoria y la escritura de la Historia como objeto de reflexión. Si su obra tiene algo de pesquisa, de interrogatorio, la primera pregunta en este caso es autorreflexiva; el primer disparo va contra una misma.

Honrarás a tu padre y a tu madre empieza con un viaje a ningún lugar, una salida de casa “sin nada encima” que se presenta como punto de partida necesario para dialogar con el pasado. Así, diferentes momentos de su relato familiar se intercalan con la enunciación en presente de la narradora, la propia Fallarás, que se sabe escribir en un intento de entender(se). Es de esta forma



como se presenta la dialéctica entre nuestro pasado más cercano y un presente construido a través de un relato ficcional, infestado de silencio y ausencias, en que la construcción identitaria interpela por obligación a estos vacíos de memoria. El relato que la novela ofrece es un relato personal, íntimo, que ahonda en lo que la memoria familiar tiene de social y de institucional, en la necesidad de combatir el silencio pero, sobre todo, en el modo en que esta memoria familiar articula en gran medida el vínculo entre la memoria individual y la colectiva. De alguna manera Fallarás juzga, y se juzga, por haber participado en la construcción de ese “silencio contagioso” (34) que se convierte en *leit motiv* de la narración; su relato, en cambio, no tiene un tono redentivo, sino que toma la forma de una pregunta que no se cierra y deja un sabor amargo plasmado en la recurrente imagen de una herida abierta.

La disposición de la escritura oscila entre los polos de presencia y ausencia, correlato acaso de vencedores y vencidos. A partir de su propia genealogía familiar, Fallarás compara dos formas diferentes de escribir memoria que se transcriben en las historias de sus abuelos materno y paterno. Al descubrimiento por parte de la protagonista de que su abuelo paterno, de quien nunca tuvo noticia, fue fusilado en el 1936, se suma el hecho de que su abuelo materno, alto cargo militar, participó en el asesinato del primero. Este recurso permite a la autora una serie de cuestionamientos en torno a qué significa memoria dentro del espacio familiar, pero dichas nociones de presencia y ausencia van algo más allá y atraviesan diferentes niveles de la narración.

Sobre esta base la historia reconstruida de Félix Fallarás, el abuelo desaparecido, ocupa los primeros capítulos de la novela; la información que Cristina obtiene de él no se recupera a través de los parientes; el lugar de este sujeto lo ocupa el silencio, un vacío de representación. Es la protagonista quien reconstruye poco a poco los escasos datos que consigue encontrar en internet a través una fundación por la recuperación de la memoria histórica, y finalmente obtiene, casi como único dato, el lugar y la fecha en que su abuelo fue fusilado. La parte de la novela que corresponde a estos capítulos se centra en el episodio de su asesinato; son pocos los datos documentales –o docuficcionales– que se añaden a este suceso, en torno al que se dilata la



narración. La propia narradora, por su parte, reconoce y explicita ese vacío de información: “Nada sé yo del hombre que va a morir. Hasta su muerte hicieron desaparecer. No conocí al Félix Chico. No existe su historia. Hasta eso le negaron” (33).

En la segunda parte, en que se cuenta la historia de su otro abuelo, el militar fascista, la narración elude constantemente hacer referencia a sus actos como alto cargo militar del franquismo, e insiste en caracterizarlo desde la perspectiva familiar, en la esfera privada. Este gesto, molesto para quien lee y ya sabe quién es este personaje, no hace sino evidenciar que toda la información que la protagonista ha recibido de él a través de familiares, y con la que ha reconstruido su historia, ha dibujado un vacío alrededor de los aspectos más políticos de su pasado. Lo que queda presente, lo que perdura, es un relato edulcorado de posguerra, que protagoniza una familia acomodada, la de la propia Cristina.

La obra incorpora algunas fotografías familiares o de lugares a los que se hace referencia a lo largo de la novela. Se trata de elementos que colaboran al efecto documental de la obra, pero que aporta también algo de información al hilo de lo ya expuesto. Hasta cierto punto, son también formas de compensar el relato falseado de sus familiares maternos: “Las fotografías son los únicos recuerdos que no mienten. Que no se inventan” (152), dice Cristina. Estas imágenes reproducen en su mayoría a miembros de la familia materna y lugares habitados por ellos. No hay ninguna en cambio de Félix Fallarás, el fusilado desaparecido, el olvidado forzoso de esta historia; no tiene cara, no tiene cuerpo, y poco tiene de memoria. Más allá, en una revisión de los paratextos puede verse que la portada, compuesta por dos de estas fotografías familiares, la ocupan precisamente el coronel y su mujer, el abuelo y la abuela maternos de Cristina.

La Historia la escriben los vencedores, sí, pero la escriben también desde los salones de su casa, en las comidas familiares, en las vacaciones en apartamentos de playa; “todo sin excepción levanta, forma parte de esta construcción sobre el silencio” (209). La tercera y última parte de la novela se compone a partir de recuerdos de infancia y adolescencia de la protagonista, vueltos a leer a través de los huecos que faltaban en su historia. En estos



capítulos la autora trabaja en torno a sus memorias individuales y al modo en que los discursos de su familia materna, y las experiencias vividas con ella, construyeron durante años un determinado relato de la verdad que reforzaba el olvido de tantos otros. Esta última parte compone una revisión de recuerdos y de conciencia en la que Fallarás apunta a su propia complicidad, mantenida implícitamente durante años, para con esa Historia escrita por los que vencieron y que extiende el silencio sobre los vencidos.

Los vínculos familiares son, en esta novela, un engranaje sobre el que leer la Historia, una forma de acceder a ella pero también de falsearla. La obra, en definitiva, propone la genealogía familiar como campo de batalla del discurso, como un proceso necesario, si se quiere, para comprender quién se es, quién se ha llegado a ser y, sobre todo, a costa de qué. Al fin y al cabo, y como confirma la protagonista, no es la Historia la que puede cambiar, sino el relato (194). Sobre ello, construir relatos nuevos que interpelen, que contesten y cuestionen el discurso hegemónico sobre nuestro pasado, que se pregunten acerca de los vacíos de memoria, se convierte en una responsabilidad ineludible de quienes toman la palabra.